

APUNTES DE LITERATURA DE VIAJES: LA PUERTA DEL SUR*

No cabe duda alguna de que Richard F. Burton tuvo un singular protagonismo en la difusión del orientalismo en Europa y que su producción ocupa un lugar muy especial dentro de los relatos de viajes del siglo XIX. Inquieto, crítico e inconformista, era inevitable que su propio país no le cuadrara como escenario vital y que, por ello, se construyera para sí mismo una patria multiétnica, cuyos dominios no se atenían a las fronteras políticas. Dejó atrás el páramo de la Inglaterra victoriana para conocer otras latitudes, para meterse en la piel de otras culturas y de otros pueblos escasamente conocidos, a los que intentó estudiar y comprender sin ideas preconcebidas y sin la perspectiva manifiestamente distorsionadora de la superioridad. Y aquí reside, precisamente, la particular significación de Burton y lo que lo diferencia de muchos exploradores y aventureros de su época. Esto es lo que hace que sus publicaciones sean piezas fundamentales de la bibliografía antropológica y de la literatura de viajes, que atraen, entre otras razones, por el poder y el acierto de la línea narrativa, por el saber que destilan, por las experiencias y aventuras que contienen y por los mundos, lejanos en el tiempo y en el espacio, que recrean. Por ello no es nada sorprendente que en las dos últimas décadas hayan proliferado en nuestro país las traducciones de textos de Burton y los ensayos sobre su figura, de los que damos cuenta parcialmente en el apartado final de referencias bibliográficas, y a los que se une la reciente aparición de la traducción de *Wanderings in West Africa*, publicada en Londres en 1863 y que llega bajo el título de *Vagabundeos por el Oeste de África*, en edición que tiene la particularidad de que no reproduce el texto original de forma íntegra, sino que se trata de una publicación parcial que se limita únicamente a los tres primeros capítulos, que comprenden la partida de Inglaterra y las estancias en Madeira y Tenerife. Esperemos —al menos las intenciones de los editores parecen ir en esta dirección— que pronto vean la luz sucesivas entregas y que en fecha cercana podamos disponer de la obra completa, para que los lectores puedan disfrutarla de forma plena.

En *Wanderings in West Africa* Burton describe el trayecto que lleva a cabo en 1861 a bordo del *Blackland* desde Liverpool a Fernando Poo, a donde se dirige para ponerse al frente de la representación consular inglesa. El *Blackland* —un buque de la African Steam Ship Company que hace la ruta del África occidental hasta el golfo de Guinea— realizará a lo largo de todo el trayecto veinticuatro escalas en las que nuestro viajero baja a tierra para pasear durante unas horas con el fin de hacerse una idea aproximada del lugar y ello constituye el eje central de esta obra que pretende ser una guía completa de los puertos de la costa occidental africana en los que habitualmente tocan los barcos ingleses y que se dedica “a los auténticos amigos de África”. Como vemos, estamos ante otra muestra ilustrativa de la especial capacidad que Burton posee para convertir en materia literaria cualquiera de sus experiencias vitales, pero

también tenemos aquí, por la peculiar naturaleza de la obra, un nuevo reto para su singular talento creador. Nuestro autor es consciente de que en esta ocasión no va a poder contar con el amplio conjunto de datos de primera mano y de experiencia directa que le sirvieron para construir sus obras anteriores sobre el Sind, la India, Arabia, Egipto, Zanzíbar, Somalia y África central. Sabe que en cada escala del *Blackland* podrá disponer, en el mejor de los casos, de unas seis horas, pero estos escasos límites de tiempo no parecen restarle posibilidades a su proyecto. Es, más bien, todo lo contrario, porque la metodología específica que diseña en este caso parte del principio básico de conceder toda la relevancia a la primera impresión que se tiene de un lugar en el que no se ha estado previamente y a la imagen parcial, pero vívida y cierta, que resulta de una estancia breve en él.

Todas estas cuestiones de procedimiento las incluye Burton en el capítulo II, donde llama la atención de los lectores para que no le resten valor a las primeras impresiones —sobre todo a las de un viajero— y donde rechaza la estrategia habitual que muestran numerosos autores de libros y guías de viajes que recurren a los argumentos tradicionales de una estancia prolongada, un conocimiento práctico y una experiencia de quince o veinte años para garantizar la solidez y enjundia de sus obras, una maniobra que, en opinión de nuestro viajero, es claramente disuasoria porque lo que de verdad persigue es descorazonar y desprestigiar a aquellos cándidos osados que tienen la tentación de inmiscuirse en su terreno y que se atreven a escribir alegremente sobre lugares que ya se han descrito y que lo hacen contando como único bagaje con sólo unas pocas horas de estancia. Burton está convencido de que si lo que se quiere es trazar un retrato fiel y acabado de cualquier lugar, hay que hacerlo inmediatamente después de llegar, cuando en la mente del viajero están frescas todavía las sensaciones iniciales y cuando la apreciación del contraste tiene toda su pureza y plenitud. Si no lo hace de este modo y prefiere esperar a redactar sus impresiones cuando han transcurrido varios días después de la llegada, nuestro autor advierte que, en este caso, las observaciones e impresiones carecerán de la fuerza primigenia, algo que se desvirtúa apreciablemente hasta perderse conforme aumenta la distancia temporal entre el momento de la llegada y el de la redacción, de forma que la persona que haya permanecido veinte años en un sitio olvida cada una de las sensaciones que tuvo al contemplarlo por primera vez y su retrato solamente será un cúmulo de apreciaciones que corresponden a distintos planos temporales que se entrecruzan e interfieren y no será fiel a la realidad tal y como la vio inicialmente. Burton señala, igualmente, que los mismos efectos negativos que produce la distancia en el tiempo también se dan en el caso de que el autor escriba después de haber leído a otros escritores, porque su impresión se verá inevitablemente afectada y modificada por las que otros tuvieron. Ello no quiere decir, ni mucho menos, que nuestro autor propone la renuncia a la utilización de otras fuentes y aquí entra en acción el segundo principio de su metodología, que consiste en contrarrestar la cortedad de datos recabando toda la información posible, tanto de fuentes orales como escritas.

Como vemos, Burton tiene claro que su descripción de los lugares en los que toca ha de ser necesariamente corta, la propia de una persona que va de paso y que no tiene la posibilidad de detenerse a conocer con detalle los usos y costumbres de toda la gente que se tropieza en su camino y las particularidades de los edificios, plantas o accidentes geográficos que capta su retina. En este caso, nuestro viajero no

es un observador universal y sólo le interesa la búsqueda de un microcosmos particular. Le preocupa únicamente obtener un boceto, un esbozo construido sobre cuatro trazos definitivos y esenciales, y está plenamente convencido de que el resultado final —aunque puede contener algunos deslices y errores— será vívido y veraz.

El corto prefacio cumple el cuádruple cometido de justificar la obra, esbozar su naturaleza, pedir disculpas por los errores que contiene y recoger el objetivo del viaje. A este respecto, Burton señala que parte de Inglaterra con la determinación de investigar el alto índice de mortalidad que se da en el oeste de África. Ésta es su misión y seguramente es el objetivo oficial que se le ha marcado desde el Foreign Office para un puesto que, por su alto riesgo y dureza, nadie se atrevía a solicitar y que no es otra cosa que una fórmula para enmascarar un nombramiento injusto y para darle calado a una misión que realmente no la tenía. Hacía tiempo que Burton deseaba que se le otorgara un puesto diplomático de responsabilidad. Le parecía que tenía la preparación y los méritos suficientes para ello y creía que sería el justo premio a los excepcionales servicios que había prestado a la Corona. Pero en este caso, en su nombramiento de cónsul en Fernando Poo, más que los méritos indiscutibles de Burton tuvo mucho que ver la opinión que en las instancias gubernamentales y en los círculos de decisión se tenía de nuestro viajero. Se trataba de un candidato que, aunque era muy popular, nunca siguió el código de su tribu. Su experiencia militar en las colonias constituía una desventaja, lo mismo que su matrimonio con una católica. También actuaban negativamente sus particulares experiencias en la India y otros países, su interés por los comportamientos sexuales de distintas culturas, su defensa de la poligamia y de la liberación sexual de la mujer inglesa y su simpatía nunca disimulada por la religión musulmana, inclinaciones de todo punto inadmisibles desde la óptica victoriana. A ello hay que añadir su espíritu crítico, que le impedía permanecer callado ante la pésima calidad y el atraso de la educación universitaria británica, ante la desastrosa política colonial de Inglaterra —que no conseguía hacer desaparecer la amenaza constante de las revueltas y rebeliones y que no dedicaba un esfuerzo especial a entender a los pueblos que gobernaba— y ante los negativos efectos que iba a traer consigo la occidentalización de las distintas etnias de las colonias. Por ello, lo que debía haber sido un destino digno y honroso terminó siendo a todas luces y a todos los efectos un castigo.

Los seis días que van del 24 de agosto de 1861 hasta el 30 de agosto —esto es, desde la partida de Liverpool hasta la llegada a Madeira— llenan el capítulo I y en él nos encontramos a un Burton que no habíamos visto antes. Hasta ahora, nuestro viajero nunca ha sentido ningún desgarró en el corazón por abandonar su patria. Siempre ha sido todo lo contrario, porque el suelo británico en ningún momento ha sido la geografía de su alma. Pero en este caso, no es igual. Ya no estamos ante el viajero incólume y poco dado a la sensiblería que hemos visto hasta aquí. Ahora nos hallamos a un hombre al que la partida causa manifiesto pesar. Es para él una hora triste y por eso el fragmento que reproduce del poeta persa Saadi ilustra de modo fiel sus sentimientos: ante la partida, el viajero es la piedra imán que busca el polo de sus afectos. Resulta evidente que Burton siente alejarse de su esposa, pero también es innegable que en su espíritu han hecho mella las decepciones y contrariedades de diverso signo que se han producido en los últimos tiempos y entre los que hay que incluir el enfrentamiento con Speke, su precaria situación económica, su cese como

militar sin compensación de ningún tipo y la destrucción de los valiosos objetos y cuadernos de anotaciones que guardaba en un almacén de Londres y que constituían la memoria material de sus numerosas misiones y aventuras. Junto a esto, también hay que tener en consideración que entonces cuenta cuarenta años y que ya no tiene el vigor y la seguridad de la juventud. Ahora forma parte, como el mismo nos dice, de la gerontocracia y ya queda muy lejos aquel joven que el 18 de junio de 1842 zarpa de Greenwich a bordo del *John Knox* rumbo a la India. También vemos en este capítulo I que, para Burton, el verdadero viaje —geográfica y emotivamente hablando— no comienza en Liverpool, sino que se inicia el 30 de agosto, a las tres de la tarde, en el preciso momento en que avista Porto Santo. Es entonces cuando se abre la puerta mágica del sur. La descripción de Porto Santo le permite remontarse a la época de la colonización portuguesa de esta isla y referirse a un elemento inevitable y omnipresente de la mitología atlántica: la caprichosa isla de San Borondón. También lo vemos usar aquí el término *africano* de una forma muy particular y bastante discutible, marcadamente basada en criterios geográficos más que en otras consideraciones. Para Burton, Porto Santo no solamente es la puerta del sur, sino que también constituye el comienzo oceánico de África y por ello señala que los portosantianos son mucho más africanos que europeos. No es la única ocasión en la que nuestro viajero se sirve de la voz *africano* en su descripción de las islas del Atlántico. Así, de Madeira dice que forma parte de África y que sus habitantes son africanos, aunque detestan oírse llamar así y, también, al dar cuenta del amanecer de la bahía de Santa Cruz se refiere al cielo africano de la misma. En cualquier caso, cuando habla sobre la africanidad de Madeira, vemos que sus palabras anticipan los particulares puntos de vista que tiene sobre el continente negro, al que considera una malhadada parte de nuestro planeta, una valoración manifiestamente distinta de la que hace de Oriente o de otras regiones y que se reflejará con todos sus matices en los restantes capítulos de la obra.

En la descripción de Madeira se desarrolla el mismo esquema que se repetirá en la de Tenerife. Las primeras líneas se dedican a describir Funchal y la parte de la isla que se puede contemplar desde el *Blackland* y a ello sigue el relato de sus impresiones y de sus actividades en tierra. Como no podía ser de otra forma, las similitudes que se dan entre Madeira y Tenerife en cuanto a naturaleza y los nexos históricos y culturales que ambas comparten hacen que en el retrato de Burton la isla portuguesa se repita en la canaria y viceversa. La ausencia de humo en Funchal, que tanto llama la atención de nuestro viajero, la volverá a apreciar en Santa Cruz. El rasgo nasalizado del portugués madeirense también lo comprobará en el habla tinerfeña. La Nossa Senhora do Monte cuenta con la réplica de la Virgen de Candelaria. El ahorcamiento de una figura de Poncio Pilato que tiene lugar en el Ilheo de Funchal en 1860 como expresión del rechazo a los británicos constituye el parangón de la quema del Judas que se hace en Tenerife. Los indigentes que viven de la mendicidad y los niños que extienden la mano constantemente en Madeira, así como la planta de las casas de Funchal, con patio central pavimentado, y el empedrado de las calles con callaos los verá también en la isla canaria. Los conos de San Martinho se repiten en las elevaciones volcánicas que rodean Santa Cruz e, incluso, Colón y don Enrique el Navegante se asoman a las páginas de Burton tanto en un caso como en el otro. Lo mismo sucede en lo que se refiere a la arquitectura, la imaginería y la pintura de los templos, donde

Burton comparte los puntos de vista, particularmente negativos, que vemos en otros viajeros victorianos. En las líneas que dedica a la iglesia de Nossa Senhora do Monte señala que nada puede haber más bárbaro que los ornamentos arquitectónicos de estas latitudes y las imágenes le parecen caricaturas ante las que no puede mostrarse medianamente respetuoso, valoración que vuelve a hacer a propósito de las pinturas de la catedral de San Francisco de Funchal. De igual modo, al describir la iglesia de la Concepción de Santa Cruz señala que no es nada extraordinaria en cuanto a estilo, porque refleja el típico Renacimiento espurio del arte transeuropeo y añade que está llena de imágenes horribles y de cuadros más horribles aún, en los que los pintores exageran hasta el ridículo los sufrimientos de los Cristos y las Dolorosas. Como se puede observar, son los mismos puntos de vista y los mismos criterios que veremos más tarde en Olivia Stone, Charles Edwardes y otros viajeros británicos. Junto a las similitudes, también la perspectiva de Burton señala diferencias entre ambas islas y sus ciudades principales. En su opinión, Madeira es una cárcel, una cárcel con atmósfera de hospital y totalmente anglicanizada, una isla dotada de un clima manifiestamente hostil al trabajo y a la constante actividad de la mente y en la que reina un tedio que sobrepasa con creces cualquier previsión. En cuanto a Tenerife, señala que también es tranquila y aburrida, pero sin llegar a los límites de Madeira y, además, no tiene los resabios londinenses que en ésta abruman y la sensación de libertad es mayor. En lo que se refiere a Santa Cruz reconoce que carece del entorno de vegetación y de verdor que rodea Funchal y que todavía no brinda las comodidades y las posibilidades que la capital madeirense ofrece, pero también subraya que tiene el encanto de su aspecto semi-oriental, la ventaja de una escasísima presencia inglesa y la posibilidad de hacer excursiones interesantes al interior de la isla. Por todo ello, las palabras de Humboldt que aprovecha para abrir el capítulo III, aunque apreciablemente retocadas, constituyen algo más que una simple cita y muestran que Burton pensaba que ningún lugar era más idóneo que Tenerife para disipar la melancolía y devolver la paz a la mente perturbada.

En estos tres capítulos de *Vagabundeos por el Oeste de África* podemos ver las características del modelo narrativo de Burton. El hilo conductor del relato son los hechos del viaje y en este hilo se engarzan las impresiones y reacciones del autor, la descripción física de los lugares por donde pasa, el retrato de sus habitantes y las referencias históricas y económicas que hacen al caso. Apreciable es su tendencia al detalle y a la acumulación de datos, algo que podemos apreciar claramente en su descripción del *Blackland* y de las condiciones a bordo, así como en sus digresiones sobre la African Steam Ship Company y otras líneas que en aquellos momentos hacían la ruta del África occidental, los vinos de Madeira o el meridiano de El Hierro, por citar solamente unos casos. Vemos, también, que en el recuento literario que Burton hace de sus experiencias, todos los caminos se cruzan y todos los lugares se acercan, siendo los unos el espejo en el que los otros se reflejan. Por ello, no resulta sorprendente que distintos elementos de estos tres capítulos iniciales traigan a su memoria referencias de otras ciudades y países. El convento de las clarisas de Funchal le recordará a Goa. Los tanques madeirenses tienen la misma forma que los de Adén. La Alameda y la recova de Santa Cruz se le parecen, respectivamente, a los Florian Gardens de Malta y al Sotto Borgo de Pisa. La imagen de Nossa Senhora do Monte le parece muy similar a la de Santa María de Neri de Sorrento. No acaban aquí las referencias

de otros lugares que encontramos en estos capítulos iniciales y que se extienden a Avignon, Suiza, Salt Lake City, el Mississippi, Fernando Poo, Camerún, Costa de Oro, Bombay, las riberas del Nilo y Sierra Leona.

También podemos ver en estos capítulos que, en su relato, Burton apela a los sentidos en todo momento y por ello el lector tiene detallada referencia del color de las cosas, le hace sentir a flor de piel la atmósfera que se respira, percibir sin confusión cada uno de los sonidos que se producen y advertir las formas, los contornos y los límites. Su interés por reproducir la acústica particular de los lugares y de las situaciones puede verse, de forma ilustrativa, en su descripción del mercado de Funchal, donde distingue las voces de los carreteros de Madeira al abrirse paso entre la multitud, el deje particular del portugués colonial, la lengua de los extranjeros y el inglés macarrónico de los vendedores ambulantes que los segúan, tal y como nuestro autor recoge, como avispas dementes. Paralelamente, las referencias cromáticas llenan todas las páginas y recogen apuntes precisos sobre la piel de la gente, su vestimenta, los edificios, el paisaje y el cielo. En este sentido, su descripción del amanecer en la bahía de Santa Cruz es especialmente indicativa de la singular riqueza cromática de su pluma. Igualmente podemos observar en todo momento que Burton refleja la amplitud de sus lecturas y su espléndido conocimiento de la literatura de viajes. Sobre Madeira maneja *A Voyage to Senegal* de Michel Adanson, *Rambles in Madeira and Portugal* de Alfred Lyall, *Madeira, Its Climate and Its Scenery: A Handbook for Visitors* de R. White, *Six Months in the West Indies* de H.N. Coleridge y *Fragments of Voyages and Travels* de Basil Hall. La bibliografía canaria también es amplia y ya la hemos comentado en otro lugar, así como los errores y deslices que el lector encuentra en el capítulo de Tenerife. El relativo a Madeira tampoco está exento de referencias equivocadas y, así, en la nota 16 (85) se recoge que el 11 de agosto de 1492 Colón reagrupó en la isla de La Gomera las tres carabelas y reanudó su travesía atlántica el 7 de octubre, fecha manifiestamente tardía que reduce el trayecto oceánico del Almirante a solamente cinco días y que obviamente es una equivocación de la fecha exacta que es, como se sabe, el 7 de septiembre. También se dice que la empresa descubridora de João Gonsalvo y Tristão Vaz Teixeira, patrocinada por don Enrique el Navegante y en el curso de la cual se descubre Porto Santo, tiene lugar en 1468, fecha que no tiene en cuenta la muerte del infante en 1460 y que retrasa notablemente la llegada de los portugueses a Porto Santo, que en realidad tiene lugar medio siglo antes de lo que aquí se señala.

En cuanto a la labor de la traducción, si comparamos la versión que Michael Breen (Burton 1999b) hace del capítulo relativo a Tenerife y la que hace Marta Pérez Sánchez, vemos algunas particularidades dignas de reseñar. Marta Pérez cuenta con la ventaja de que no es la primera vez que se enfrenta como traductora a un texto de Burton. Recordemos que es suya la versión española de *Primeros pasos en el este de África: expedición a la ciudad prohibida de Harar*, publicada en 1987. Ahora, en *Vagabundeos por el Oeste de África*, muestra signos apreciables de criterio y de profesionalidad, preocupándose en todo momento por la frescura y propiedad de su versión y evitando la presencia en ella de estructuras extrañas al español, como la insistencia en el uso del posesivo o el inadecuado manejo de las estructuras pasivas, en las que Breen cae constantemente, pero también adopta a otros niveles soluciones que no son acertadas. Me refiero, por ejemplo, al uso de la voz *inválido* (31, 83, 53,

89), que no es equivalente en español de la forma *invalid* inglesa, y al del zoónimo *frailecillo*, que utiliza para denominar a las aves que habitan en las Salvajes y que no son otras que las pardelas. Si pudiéramos unir el respeto por la lengua-meta que muestra Marta Pérez con el conocimiento de los dialectalismos canarios que refleja Breen y su espléndida labor con el aparato de notas, tendríamos una traducción bastante cercana a la perfección.

Francisco Javier Castillo

* Burton, Richard F. *Vagabundeos por el Oeste de África. I: Madeira y Tenerife*. Trad. Marta Pérez Sánchez. Prólogo de Manuel Delgado. Barcelona: Laertes, 1999. 156 pp.

Obras citadas

- Burton, Richard F. (1863) *Wanderings in West Africa*. 2 vols. London: Tinsley Brothers.
- (1983) *Mi peregrinación a Medina y La Meca: Vol. I. Egipto*. Trad. y presentación de Alberto Cardín. Barcelona: Laertes.
- (1984) *Mi peregrinación a Medina y La Meca: Vol. II. Medina*. Trad. Alberto Cardín. Barcelona: Laertes.
- (1985) *Mi peregrinación a Medina y La Meca: Vol. III. La Meca*. Trad. Alberto Cardín. Barcelona: Laertes.
- (1986) *Viaje a la ciudad de los santos*. Trad. Francisca Trepát. Barcelona: Laertes.
- (1987) *Primeros pasos en el Este de África: expedición a la ciudad prohibida de Harar*. Presentación y notas de Alberto Cardín. Trad. Marta Pérez. Barcelona: Lerna.
- (1999a) *Burton o la pasión oriental*. Prólogo de Jordi Esteva. Selección de textos de Víctor Pallejà de Bustinza. Trad. José Manuel de Prada Samper. Barcelona: Editorial Casiopea.
- (1999b) *Viajes a las Islas Canarias I*. 1861. Trad. Michael Breen. Puerto de la Cruz: Edén Ediciones.
- Rice, Edward. *El capitán Richard F. Burton*. 3ª ed. Trad. Miguel Martínez-Lage. Madrid: Ediciones Siruela. 1999.